

TIEMPO Y EFICACIA

Time and effectiveness

FERNANDO DEL VAL
(Escritor y Periodista)

RESUMEN

El modo de vida actual fomenta la instantaneidad y la prisa. En el periodismo, ligado por definición a la noticia y la actualidad, este apresuramiento se hace especialmente palmario, en detrimento, demasiadas veces, del análisis y la reflexión. El periodismo cultural, por la naturaleza de su propio objeto (la cultura, el conocimiento, las artes), aparece como un reducto de libertad de pensamiento y expresión en que la servidumbre a la inmediatez es menor, pero con demasiada frecuencia la industria cultural pesa más que la cultura a secas, y el criterio de oportunidad comercial se impone. El presente artículo analiza esta situación y aboga por valores como la reflexión, la elaboración y la vocación minoritarias como antídoto contra la mercantilización y banalización de la prensa cultural.

Palabras clave: periodismo cultural – periodismo crítico – crítica literaria – crítica de la cultura.

ABSTRACT

Current lifestyle promotes instantaneity and hastiness. This is especially true for journalism, since it is linked to news and present because of its nature, but too often urgency is detrimental to both analysis and reflexivity. Dedicated to cultura, literatura and arts, cultural journalism appears as a refuge for freedom of thought and expression, and seems to be less subdued to haste. However, cultural industry is usually more powerful than cultura itself, and commercial interests prevail over quality. This paper analyzes this situation and upholds values such as reflection, well prepared work and elitism as an antidote to mercantilism and triviality in cultural journalism.

Keywords: cultural journalism – critical journalism – literary criticism.

Para seleccionar los mármoles adecuados al sepulcro de Julio Segundo, Miguel Ángel pasó ocho meses en las canteras de Carrara. Hizo de la lentitud un veredicto. Luego, se tiró cuarenta años levantándolo, que dieron lugar a la firma de nuevos contratos, y se redujeron de manera progresiva las dimensiones del monumento. De las cuarenta esculturas exentas proyectadas acabaron quedando siete, el sepulcro pasó casi a retablo y sólo las tres figuras del cuerpo inferior corresponden a su trabajo directo. El sepulcro de Julio Segundo es una obra de arte total.

Podríamos seguir citando autores que hicieron de la lentitud el basamento de sus trabajos: “Me gusta más respirar que trabajar”, señaló Duchamp. Participo de la opinión de quienes sostienen que lo bueno necesita tiempo y de que el mismo descanso forma parte del trabajo, si no de la meditación, como sostiene Pablo D’Ors. Y percibir el mundo como algo ajeno puede afinar la creación. En todo caso, volviendo a los ejemplos citados, no creo que nadie pueda argumentar que Miguel Ángel y Duchamp eran vagos.

Un periódico no es un libro, un artículo periodístico no es pieza escultórica, pero parece lógico que algo tan sensible como consignar, primero, y analizar, después, la realidad —a menudo se han usado las expresiones *cuarto poder*, *contrapoder*, *mecanismo de control*— necesite un proceso. Y digo consignar y analizar —podríamos añadir *explicar*— cuando no pocas veces la profesión *crea* la misma realidad. Hay muchos periodismos, y no sólo el político debe ser contrapesado. Por supuesto, también, el cultural, discriminando el grano de la paja. Algunas veces no es posible dedicar tiempo porque el medio tiene intereses que lo impiden; otras lo impide el dinero. Es muy caro tener a un redactor sin producir según lo impuesto. De ello se sirve también el poder.

Frente al reconocimiento del caminar pausado y firme en pos de la calidad, tenemos otro polo: la prisa, ligada sobre todo a la actualidad, una de las cosas más enredadoras e inservibles que nos rodea. Está claro que vocaciones del periodismo son anunciar lo que se va a producir —es decir, mera función de agenda— y hacer llegar, lo antes posible, lo recién producido. Filípides fue más que un atleta: se convirtió en el primer periodista, antes que Tucídides, al correr de Maratón a Atenas con el solo objetivo de informar cuanto antes de la victoria griega. ¿Y de qué le sirvió?... Acusó tanto el esfuerzo que, nada más pronunciar “Hemos ganado”, murió. Yo hubiese preferido ser un arconte reposando en la sombra, probando una pieza de fruta, a la espera de la noticia.

Fruto de la prisa tenemos errores, deslices, incorrecciones, mal estilo... El periodismo cultural debiera ser la oportunidad de un tratamiento distinto al cotidiano. *El*

País siempre ha publicado críticas de conciertos y de teatro al cabo de dos días. Lo visto y oído necesita un mínimo reposo. No importa hacer algo sino hacerlo bien — “El hacer las cosas bien importa más que hacerlas”, escribió Machado—. Desde tal prejuicio, Internet representa un factor de riesgo, un peligro.

¿Por qué el periodismo cultural permite, casi implora, otro tempo y no el de local, el de sucesos, el deportivo —aunque el rigor debiera ser plataforma de todos—? Primero, porque cuenta con un receptor, en teoría, más exigente: no todo el que coge un periódico llega a Cultura. La sección implica una propia selección natural. Segundo, porque el arte —tarea en la que se encierra— entraña, más que ninguna otra disciplina, juicio y conocimiento. Sólo el saber científico se puede medir con ella. Saber qué selección ganó el mundial del setenta y ocho, desde mi punto de vista, es una sapiencia tan chata que no representa *conocimiento*, sino *información*. Y aquí establezco el primer distingo: la información —noticia de rápida digestión que tapa otra preliminar— no tiene que ver con el conocimiento ni, por ende, con la cultura. No existe nada artístico en su radio. En este punto me acojo a la separación de Tomás García Yebra: “La cultura —saber cuadros de memoria— domestica; la lucidez —saber pensar, interpretar,... — desenmascara”. Abogamos por una cultura emancipadora, evidentemente.

¿Qué implica que el periodismo cultural favorezca —y aconseje— penetración en lo que se cuenta? Una vocación especializada, sobre todo presente fuera de los medios generalistas. Conozco quien, sin noción de economía, entró a hablar de mercados en el diario monárquico por excelencia. Fue adquiriendo pericia sobre la marcha y firmó, meses después, con *contrato* de a tanto la pieza —siendo tanto apenas nada— alguna exclusiva filtrada por Moncloa. En una publicación especializada ese procedimiento —coger a un lego— me cuesta. Pero también sé de quien entró en *Cinco Días* y en *Expansión* sin experiencia. La noticia como mercancía.

La cultura, que todo lo abarca, sólo en nuestra era comprende dos mil años. Volcar una rueda de prensa y anunciar una obra de teatro lo va a poder seguir haciendo cualquiera. Haría falta una discapacidad para no saber extraer treinta o cincuenta segundos de contenido para la radio, que es lo que se pide actualmente, conquistado el paroxismo de la liviandad. Por eso mismo, no interesa: aparte de nocivo, seremos prescindibles. Hace un par de años leí en una columna de Nativel Preciado en *Tiempo* que existen ya ordenadores capaces de tales cometidos. Su implantación será en años, el prototipo está listo. Lo mismo no sacan a pasear las máquinas en nuestros países para no

dar la puntilla a la malherida Europa, ya que dentro de este continente también es preciso contar con consumidores...

Asistimos a una depauperación del sector. Fogwill lo critica en cuatro páginas distintas en su novela *Help a él*. Jeffrey Eugenides habla del periodismo buitre y morbos, inventivo y anecdótico en dos páginas de *Las vírgenes suicidas*. En otra señala: “Ninguna de estas cosas salió nunca en los periódicos”, como diciendo *lo importante va por dentro, no es visible, pero también los medios reflejan la superficie de las cosas*. El periodismo cultural debiera apuntar a esa experiencia subjetiva mediante la cual captamos las esencias del mundo. Tiene algo de secta que hay que preservar.

Pero hasta en el medio generalista son necesarias pasión y verdad. En el presidium, Gay Talese afirma que los periodistas “se han hecho vagos, no hacen bien su trabajo y aceptan consignas”. Me acaban de relatar —esto sobrepasa varios límites— que el subdelegado de Gobierno llamó recientemente al periódico de mayor tirada regional, una noche, para exigir al responsable de cierre —para más inri, becario— la eliminación, en una noticia, del concepto *carga policial*. Para él no había existido más que una *actuación* policial. Grave, muy grave, que llame porque, en su descaro, indica que lo puede hacer...

Citaré, de paso, otra deformación maligna, cada vez más implantada: ruedas de prensa de pesos pesados políticos regionales cubiertas por becarios, particularmente —no sólo— en agencias. Los redactores *de toda la vida* tienen permitido meter mano si la pieza acaba en Madrid. La voz, más de su amo que nunca.

Talese, en sus mejores años, daba forma a seis historias. “No se puede escribir dos noticias al día”. Hay que mirar, fijarse, asimilar, encontrar la frase. No por tomarse uno su tiempo lo está perdiendo. Al contrario. Hay más vagos trabajando que tirados al sol —o, por aludir a las palabras de Duchamp, *respirando*. Volvemos a pensar en Miguel Ángel. Seguramente la prueba de lo trabajadora que es una persona está en el tiempo que invierte en su descanso, preparando la mente para el momento de la acción.

“¿Quién mete prisa al tiempo?”, se preguntaba Carlos Pujol. Bastante tenemos con su ritmo inmisericorde. Lo ideal sería hacer algo cuando apetece. Esto es letal para la inmediatez. Si dispones de tiempo, el resultado será mejor. Si hay que afrontar un tema y tienes la cabeza cargada, mal te va a salir, o, al menos, no te saldrá esplendente. Convendría más dar un paseo. El periodismo cultural, hacia la especialización, lo permite. Cada vez menos. Pero tendrá que volver.

Uno de los reportajes más (re)conocidos de Gay Talese, “Frank Sinatra tiene catarro”, le llevó cuatro meses. Sacamos la conclusión de que el tiempo forma parte de los recursos que periodista y medio emplean para conseguir un resultado —perfectamente visible en el periodismo de investigación—. Talese estuvo siguiendo al cantante por Las Vegas, Hollywood y Nueva York, y gastó miles de dólares —de mil novecientos sesenta y seis—. ¿Resultado?, un artículo genial de 15.000 palabras.

En una entrevista a Eduardo Lago, expresaba:

Me gustan las frases largas, melodiosas, de estructura compleja, con elementos subordinados, como las que escribían Scott Fitzgerald o John Fowles (...) Creo que es legítimo escribir reportajes con las armas propias del contador de historias (...) El escritor de no ficción tiene que trabajar el interior del personaje, su entorno, la atmosfera en que existe. Todo eso le da a la crónica un aire de ficción (...) En un buen reportaje, los hechos se han de subordinar al personaje¹.

Es preciso el dinero para la calidad. Pero lo mismo, como inversión, no lo resulta tanto. Igual que es rentable empleado en Hacienda, Sanidad y Educación. ¿Queremos periodismo de calidad? Hace año y medio, David Remnick, director del *New Yorker*, se lo preguntaba en una entrevista a *El País*:

Sin una realmente rigurosa cultura de investigación, de explicación, de contar bien las historias, de presionar al poder, de mantener la independencia, no hay periodismo. Y, sí, este tipo de periodismo es muy caro, pero hay algo más caro para la sociedad: no tenerlo. Si estoy dando el mejor periodismo de investigación del mundo, el más alto nivel de ficción, humor, bellas ilustraciones y portadas, eso requiere recursos y alguien tiene que pagar por ello. Pero tenemos suerte: hacemos algo que la gente quiere y está dispuesta a pagar².

La entrevista tuvo lugar en Barcelona. El director escribía sobre Springsteen y por ello, le estaba siguiendo. Es la senda de Talese. Su ejemplo puede parecer lejano en un momento en que la precarización es absoluta, pero es a lo que hay que tender. No a estar en tres informaciones a la vez, trabajando diez horas y cobrando setecientos euros. Para eso no hace falta estudiar ni pensar. Hay formas de explotación menos agresivas.

Remnick considera que una de las decisiones mejores que tomaron fue no abrirse a la red y que el precio del *New Yorker* es demasiado barato; como yo considero lo es el

¹ LAGO, E., “Una buena historia nunca muere”, en *El País Semanal*, 13.05.2013

² REMNICK, D., “Saldrá caro no tener periodismo”, en *El País*, 27.04.2012

de los discos. La *cultura* del todo gratis, del todo vale, y la piratería son la autopista mejor asfaltada al desastre. Estados Unidos incluyó a España en su lista negra de países donde no se respeta la propiedad intelectual. Lo cual, no respetarla, nos acerca al mono del que venimos. En estos momentos, nuestro país se encuentra “en observación”, con la esperanza de que implemente leyes que reconozcan los derechos de autor, infringidos sobre todo en internet. De lo contrario, regresará a ser internacionalmente considerado, en el sector, un país *enemigo*, junto a otros del tercer mundo.

En el *New Yorker* te piden una pieza y tienes a dos o tres personas pendientes de ella. Cotejan tus citas, revisan tu estilo, te formulan sugerencias y preguntan si el sentido de determinada afirmación ambigua es éste o aquel. Creo que Muñoz Molina entregó un texto y recibió esta clase de llamadas.

Seguimos la pista del dinero. Es necesaria la inversión. La búsqueda de piso de Enric González en Nueva York para asumir la corresponsalía de *El País* fue azarosa. “Conocí madrigueras infames, estancias oscuras, habitáculos con las paredes inclinadas (...) También eché un vistazo al lujo”. Medio desesperado, le recomendaron una agente. Gracias a ella accedió a la ganga... no sin *jurar fidelidad* y anticipar un año de alquiler.

“¿Tú estás loco?”, preguntó Josefa Gutiérrez, la otra administradora, la de la redacción de El País, cuando le pedí que me anticipara cincuenta mil dólares con urgencia. Pero Josefa, como otras veces, acabó sacándome del apuro. Y envió el dinero. Firmé, firmé y firmé. Cheques, contratos, garantías, declaraciones juradas, autocertificados de buena conducta y todo lo que me pusieron por delante³.

Eso es un medio. O lo era... porque González, después de una trayectoria inmaculada, salió bufando de él, voluntariamente, tras un expediente de regulación que no acató, practicado a finales de dos mil doce. Su protesta nos reconcilia con la moral intelectual.

Ahora se estila recauchutar el extranjero con exalumnos de másteres — prácticamente cada medio tiene uno— a los que animan a aprender un idioma o a viajar, o de los que se sirven aprovechando que andan por ahí, como peonzas locas. A tanto la pieza, veinte o treinta euros, se garantizan un testimonio comprobablemente escrito desde el lugar que pone junto a su firma. Es la antítesis no sólo del periodismo, sino de la corresponsalía.

³ GONZÁLEZ, E., *Historias de Nueva York*, Barcelona, RBA, 2006.

No se debe empezar a caminar pensando en el oro en los cien metros. Sería avaricioso, estomagante, enfermizo. Pero sí se puede —y debe— tender a la mejor realización del trabajo. A los consejos de Remnick y Talese, y a las condiciones respetables de las que tradicionalmente hicieron gala las empresas de información dominantes, que aspiraban al prestigio dentro del sector y fuera del país. O sea, a hacer de la búsqueda tranquila una opción vital. Las redes sociales, a riesgo de parecer reaccionario, representan para mí el mayor valladar. Es como que fomentaran la estupidez de la gente. Estoy de acuerdo con Vicente Verdú:

Ni los *mails*, ni los tuits, los *whatsapps* o los SMS son respetuosos con la escritura. Se trata de ser veloces y no de ir bien vestidos (...) Privada pues de amor, estrujada y desgajada, sucia y maltratada, la gran masa de escritos que se cruzan a cada instante va componiendo una pila de garabatos que tras cumplir como mensajeros van inmediatamente al vertedero. Época de las basuras, es ésta. Época en que cada planta de reciclaje constituye una catedral ecológica y cada lata por el suelo un sacrilegio. La escritura funcional de estos días, la que cunde entre los jóvenes, sigue rigurosamente esta ruta. Se hace con basuras de expresión y se acumula como una pirámide excrementicia que seguramente mañana será sustituida por otra, por un fuego al galope o por el entusiasmo de la inmediatez⁴.

Entiendo que empresas y periodistas gusten de tener, con motivación comercial, presencia en las redes, pero el vecino del quinto, ¿por qué se abre un perfil? ¿Para contar lo que ha comido y a qué hora ha llegado a casa? ¿En serio? ¿Para colgar una foto del filete con patatas fritas que ha comido? Merece ser rehén de las esposas que él solo se anuda a las muñecas. Hasta el más lerdo sabe que la información es poder y debe intuir que detrás de esas empresas —mucho hay publicado— existe compraventa de datos y laten una pulsión de control —que cualquier persona física puede ejercitar— y la ilusión de convertirse a la banca privada. Por tanto, llevando a mi terreno la calificación infausta sobre el gran Madariaga, la extensión gratuita de, por ejemplo, Twitter se me antoja una manera de ser tonto en ciento y pico caracteres.

Quiero unir Internet al problema de la propiedad intelectual y al cambio de lectura que supone. Me parece ejemplar que Arcadi Espada se haya abierto un Twitter de pago: quince euros anuales. Por cierto, su *blog* comenzó siendo financiado por su editorial,

⁴ VERDÚ, V., “Textos destartados”, en *El País*, 4.01.2014

Espasa. Previendo que el resultado sería posteriormente reunido y publicado como diario se le adelantaban sumas en concepto de derechos de autor. “Quiero formar una comunidad de gente que sepa que está pagando por algo”. Lo que le hace revolucionariamente moderno es que en su cuenta sólo cabe él. Le dan igual los comentarios y le dan igual las demás personas. Ya dijo Umbral: “A mí lo que opine el personal me da lo mismo”. Yo creo en esa tendencia, que uno a Montaigne, de quien Paul Auster dice:

La primera vez en que alguien, tomándose a sí mismo como asunto, brinda una forma atractiva y profunda de entender al hombre. Y qué estilo. Qué energía en la prosa. Leo a Montaigne una y otra vez. Pero, ojo, no es autobiográfico. No se olvide que son *Ensayos*, una forma que inventó él⁵.

La posmodernidad, el tardocapitalismo, lo han desbaratado todo. El yo como forma de conocimiento se traduce poco *ombliguista*. De hecho, Montaigne habló de la porosidad y del número de personas que somos al final del día. Reconocer el yo es la manera más generosa de expresar la amplitud de puntos de vista. Bien. Pues Arcadi explica: “No sigo a nadie, lo utilizo sólo para distribuir mi mensaje, aforismos, fotos. No es medio de comunicación. Quiero lectores, no usuarios”.

Y quiero añadir una reflexión de Diego Manrique acerca del impacto económico que ha tenido la red en la cultura –en la música- y que se nota en cuestiones más allá de la calidad de la edición y de la producción.

El cambio de valor de la música en los últimos diez quince años ha sido bestial. Asistimos a una devaluación total, a una desmaterialización de la música. La gente se ha acostumbrado a que es como el agua. Abres y existe. No tienes que pagar. Y pierde la mística, el ambiente, el poder. El último terremoto cultural fue Nirvana⁶.

La facilidad con la que se accede a la bobada y las potencialidades de la red aparejan cambios culturales evidentes: sólo el uno por ciento de los universitarios compra revistas; el cliente de prensa escrita de más edad en mi quiosco soy yo. Pero el mundo digital y el impreso no comparten plano. En Internet hay otro lenguaje y superficialidad. ¿Se irán volcando contenidos coherentes con los del quiosco? Parece que no. Los manuales de redacción digital recomiendan dos o tres párrafos por pieza y cada uno de

⁵ BUSNEL, F., “Mi misión como escritor es hacer sentir lo que es un ser humano”, en *Turia*, 108 (2013).

⁶ *Entrevista a Diego Manrique*, Lacaffe Video Magazine, 30.5.2013.

estos párrafos constante de tres o cuatro líneas, favoreciendo vínculos e hipertexto. Ello refuerza la lectura epidérmica, el salto y no la penetración, aunque camuflen el enlace de tal. Pero el hecho de que no llegue es lo que pronostica la supervivencia feliz del papel, destinado al análisis y la opinión.

La irrupción de internet ha sido, pues, desde el contexto, la comprensión y la cultura, lesiva. Pero es un fenómeno irreversible y habrá que adaptarse. De momento, los formatos no se sostienen y el dinero continúa en el papel. *Jotdown* sigue repartiéndose en librerías; *político.com* se acompaña de un gratuito impreso; *Mongolia* usa la web como escaparate para vender su versión en papel; y, sobre todo, resulta esperanzador que *Newsweek* haya regresado a la impresión en dos mil catorce tras echar el cierre en dos mil doce. El semanario lo hace en pos de un modelo de negocio basado en suscripciones similar al del británico *The Economist*.

Sinceramente creo que la crisis sistémica dejará diferencias económicas y sociales, pero también culturales. Se irá reduciendo, con rebotes, el número de personas exquisitas que paguen por el producto bien acabado. Estas diferencias, que tendrán, en caso de su previsible persistencia, secuelas sin duda cerebrales, se aprecian ya en el campo de la música popular, a partir de un consumo basado en el picoteo, despreciando créditos, envoltorio y diseño. E, incluso, en los sonidos disco, donde el oyente es totalmente acrítico, quién es el compositor y quiénes los intérpretes. Es evidente que así no se crea cultura ni conocimiento. No sé si era Flaubert el que decía más vale saber tres libros bien que trescientos mal. La cultura es repetir. No escuchar cincuenta canciones una tarde, sino cincuenta veces un disco. De ahí nacerán asociaciones y el discernimiento de si el sonido de tal guitarra o cual batería es, por ejemplo, un homenaje al *Abbey Road* de los Beatles. Si no lo tienes incrustado, no haces nada. Consumismo y bulimia.

Hace unos meses Jacobo Siruela decía:

Estoy convencido de que el libro del siglo veintiuno será cuidado y útil (...) Me alegro de haber sido de los pocos en dudar de que el *e-book* fuera a ser el soporte universal futuro, una especie de nuevo tótem del progreso. Simplemente es un gigantesco negocio de tres multinacionales cuyo objetivo es, convertir el mercado en un monopolio, destruyendo la diversidad. Pero acabo de enterarme que hasta en Estados Unidos, las ventas han caído un ocho por ciento. El libro electrónico no será el único dueño del futuro, como se ha profetizado⁷.

⁷ DORIA, S., "Me alegro de haber dudado de que el e-book sea el libro del futuro", en *Abc*, 28.10.2013.

Todo indica que los dos soportes convivirán y una minoría elegirá el que podríamos llamar ilustrado.

El plazo más corto para lanzar un mensaje lo tenemos a través del teléfono móvil. Un periodista visiona una película en un pase de prensa y puede, inmediatamente, colar por vía telefónica su opinión sin haber salido de la sala. Pero eso tiene poco que ver con la crítica y con el periodismo y da pie al runrún. En el último festival de San Sebastián, a alguien se le ocurrió tuitear que había visto por la ciudad a una estrella que llegaba esa mañana. Se *retuiteó* y convirtió en rumor. Internet había dictado que estaba paseando por la Concha. En ese clima, los responsables del festival pensaron que, efectivamente, había llegado antes de lo previsto y comenzaron a buscarla. De ese modo, por mensaje de texto, se puede informar de un gol, poco más.

El periodismo de cultura, cuya seriedad se presupone, obligaría a unos modos propios de y a un contabilizar el tiempo distinto. Afortunadamente existen lugares donde otros plazos son posibles. En la revista *La Clave*, dispuse de hasta un mes para entregar de dos a cuatro páginas —yo podía acortar el tiempo si lo consideraba, es decir, era depositario de libertad—; en *Turia* puedo contar con tres meses o cuatro para sumar de diez a quince páginas; en Documentos, de RNE, se confeccionan sesenta minutos a lo largo de treinta días. Recuerdo que un redactor de ese programa, siguiendo el modelo nórdico, reivindicaba siete u ocho meses para una hora: “¡Es que un libro te lleva a otro!”. O a muchos.

Lo ideal es el enfoque. Establecer, en una entrevista —de actualidad o de personalidad—, las preguntas que al entrevistador se le ocurran, las que le interesen. En *Turia*, tres o cuatro meses vienen bien para obrar como apetece. Y para leerme la obra completa del autor con el que voy a conversar. Seguir el dictado de la apetencia tiene que ver con facilitar el sentido de la oportunidad y hasta la rectitud moral. Si te duele la cabeza y no hay prisa, lo mejor es salir a dar un paseo; no trabajar. No tiene que ver con el capricho, sino con el respeto del especial sentido de las cosas. Así, conversando con Soledad Puértolas introduje, apoyado en un párrafo, la relación entre hijos y padres, imposible de otra manera que no leyéndola despacio; con Ignacio Martínez de Pisón, encajé la existencia del destino; y con José Manuel Caballero Bonald, cuestioné que la poesía sea una experiencia *comunicable*. Para escribir una crítica aconsejo igualmente

que salga el sol por Antequera, aunque siempre te puedes adherir a un esquema; recuerdo que Winston Manrique Sabogal dictó uno en *Babelia*.

Hay que descansar. Pero sin trabajo no hay progreso. De alguna manera creo que es sana esa dicotomía que tiene Vila-Matas:

Tengo la tendencia laboriosa, a trabajar sin parar a lo Picasso, y a no hacer nada, a jugar al ajedrez, a ser como Marcel Duchamp. El no hacer nada viene de Guy Debord, cuando en el 68 escribió el grafiti ‘No trabajéis nunca’, que viene a decir: ‘No colaboréis, no hagáis el tonto, os quieren como esclavos. Dejadlo estar’⁸.

Esto tiene implicaciones también en el encaramiento de la literatura, aparte de ella esa prosa tan ágil que parece una película mala. La gran literatura produce cambios en el cerebro. Recientemente, lo hemos vuelto a escuchar de unos investigadores neoyorkinos, cuyas conclusiones fueron expuestas en *Science*. La ficción literaria estimula “capacidades y procesos del pensamiento fundamentales para las relaciones sociales complejas”, pero también las sociedades funcionales. La lectura actúa directamente en las áreas de la emoción y la empatía. Y, casi más importante, los científicos apuntan que ni la novela popular ni la no ficción —el ensayo— producen ningún tipo de cambio. Algo que tiene pleno sentido: la *ficción literaria* —o *literatura literaria*— sería, si reúne forma suficiente, el terreno más aproximado al arte que posee la narración.

Enrique Vila-Matas recuerda que hubo un tiempo en que los escritores “eran como dioses” y vivían en las montañas “cual ermitaños desahuciados o aristócratas lunáticos” y escribían “con la única finalidad de ponerse en contacto con los muertos”.

Hoy en día casi todos los escritores, más que posicionarse en contra, trabajan en sintonía con el capitalismo (...) Las democracias liberales, al tolerarlo todo, hacen inútil cualquier texto, por peligroso que éste pueda llegar a parecer. En realidad, en lo que se refiere a literatura, ya todo acabó (...) La prosa se ha convertido en algo irremediamente insignificante (...) Los escritores actuales (...) supuestamente han heredado la llama sagrada de la literatura, pero es rara la ocasión en que pueda verse esa luz (...) El abandono de responsabilidades morales por parte de los escritores, ese argumento, no yendo nada errado, es insuficiente⁹.

Eduardo Lago y Paloma Torres:

⁸ *Pienso, luego existo*, La2, TVE. 28.04.2013.

⁹ VILAS MATA, E., *Fuera de aquí. Conversaciones con André Gabastou*. Galaxia Gutenberg. 2013

E.L. El *best seller* está dominado por unas técnicas de márketing que contaminan el gusto de la gente.

P.T. Hay quien defiende que del *best seller* se pasa a leer otros títulos.

E.L. Ese paso no se da porque se deforma el gusto. Si tú acostumbras el gusto a cosas mediocres, no puedes dar el salto¹⁰.

Juancho Armas Marcelo se hizo eco¹¹ de una encuesta informal desarrollada en el marco del último congreso de la Lengua en Panamá. La pregunta: cuántos lectores de alta literatura que hay en España. Según Guelbenzu, y según consenso, unos diez mil. “Alguien que estudia estos fenómenos se mostró mucho más negativo: ‘1.000, no suben de 1.000’”. Sólo el optimista Vargas Llosa defendió muchos más —No, hombre, no” —. Comprensible en una persona acomodada que dedica un ensayo a quedar bien en el mundillo y criticar la banalización —*La civilización del espectáculo*— en dos mil doce y, a continuación, en dos mil trece, saca una novela que es puro espectáculo —*El héroe discreto*—. Antes de aludir al peruano, Marcelo había glosado su negativa a llamar libro a “textos que se leen en cualquier pantalla” y la reclamación desde alta literatura de “su sacralidad y permanencia”. Respecto a qué es alta literatura: “Lampedusa, Cervantes, Galdós, la poesía toda”.

La alta literatura no aspira al éxito comercial, ni al triunfo social, ni al aplauso inmediato del cantante. Aspira a la permanencia (...) Quien aspira al aplauso inmediato (...) tendrá lectores, más de 100.000, pero serán ceniza. Tendrá dinero (...) tendrá sonrisas. Pero sus libros serán pura ceniza.

Cifras. A propósito de ellas, *Turia* tiene unos trescientos suscriptores... Normal, en un país donde las navidades pasadas lo más vendido fueron las ¿memorias? —*glups*— de David Bisbal, la ¿biografía? de Belén Esteban y las recetas de Mónica Naranjo y Loles León. Laura Revuelta, en su *editorial* del *Cultural* de *ABC*, resaltaba: “Sé que muchos que leen este suplemento ni siquiera saben de quiénes les estoy hablando (...) No se trata de la cultura del espectáculo, sino del espectáculo de la incultura”¹².

En una página web no debería importar cuánta gente entra sino cuánta gente lee cuánto. Un visitante no es un lector. Pero se atiende al número de *usuarios*, y, si nos

¹⁰ TORRES, P., “Me considero parte del canon español”, en *ABC Cultural*, 09.11.2013.

¹¹ ARMAS MARCELO, J., “10.000 lectores”, Al Pie del Cañón, *El Cultural* de *El Mundo*. 01.11.2013.

¹² REVUELTA, L., “La Voz, Masterchef y Sálvame”, *Cinco Minutos de Gloria*. 07.12. 2013.

ponemos finos, de *usuarios únicos*. Alguien ingresa en un diario, usa el ascensor, baja por la página principal y la abandona sin ni siquiera haber hecho un clic y el diario ya ha sumado un *lector*. Ha podido estar treinta segundos y haber leído cuatro titulares de reojo, pero ya tiene un cliente. Quizás el número de suscriptores de Orbyt —plataforma de pago de Unidad Editorial— nos sirva como elemento fundamental de juicio. Mientras elmundo.es habla de treinta y un millones de lectores, sólo recaba cien mil suscripciones. Si pudiera, yo pagaría por que gente que no me interesa se mantenga fuera de los ganchos de mi bitácora; y me reservaría evitar la entrada de rebote, tras una búsqueda mal planteada en Google.

Son más importantes ritmo y agilidad que velocidad y habilidad. “No ágil, hábil”, señaló Bresson. Las habilidades procedimentales —ni entro en las del engaño y la picaresca, a las que uno más la *habilidad*— se adquieren en dos mañanas. O en tres. Manejar un programa, encontrar las cinco uve dobles no requiere genio. En cualquier medio, por la falta aumentativa de exigencia, se comprueba cada vez más fácil abordar la redacción de una noticia ramplona. Volcar un dato, una entrevista de actualidad y circunstancia de la que extraer una frase con la que llenar treinta segundos, editar un teletipo,... son bobadas. Cuando fui a hacer directos, o a boletines cada quince minutos en Radio Cinco, o a cubrir un acontecimiento para agencias, siempre hubo un alma cándida que me alertaba de la vorágine que se presentaba. Solía acabar antes que el resto. Es tirar por la calle de en medio.

Comprobar que demasiadas veces el mérito no tributa y lo extendido es el piloto automático puede llegar a desmotivar. Desuela la incultura del esfuerzo. En mi máster tuve que aguantar que compañeros se quejaron de la carga teórica, si bien no era escasa. Querían cosas prácticas, más cercanas a la formación profesional. ¡Para apretar al *play* no hace falta un posgrado!

La actualidad no sirve para nada. La han despreciado Dostoievski, Rilke y todos los grandes. Hasta lo más *serio* cambia mañana. La situación de los *preferentistas*, las condiciones de fusión de Caja España con una entidad andaluza, son cambiantes. Da lo mismo que hoy no leas el diario, la información de la que te has privado se verá superada mañana. Si no la misma tarde en Internet.

La actualidad, mientras se está produciendo, en plena conversión desde la realidad hacia la información, se vence por sí misma, se está anticúa. Lo último no es lo último, es lo anterior. Importan las reflexiones. Frente a la actualidad hueca, compuesta de titulares y

fugacidad —son más estables la cartelera cinematográfica y la agenda de conciertos de la semana— el papel se va a ocupar del razonamiento y la ponderación, nunca acogidos completamente por las grandes cabeceras. Es llamativa la escasa querencia de *El País* por la columna —en favor, cierto, del análisis—. Llevó, como es sabido, a Eduardo Haro Tecglen al confinamiento de la sección televisiva.

Lo positivo, presumo, es que en el horizonte se van a formar lectores de calidad. Lo negativo, si serán suficientes. Antes, para presumir de culta, la gente llevaba *El País* bajo el brazo, ahora bastará un pliego de publicidad. El solo papel dará prestigio. Es decir, junto a unas diferencias económicas cada vez más acusadas habrá diferencias también culturales, diferencias no aparejadas: el fante lo será así tenga un millón de euros en el banco y dos de libros en casa. Conviene reparar en que la cultura no nos hace necesariamente mejores, sí más sofisticados. Por eso, creará personas *de calidad*, signifique eso lo que signifique, está por ver.

Y la calidad, en lo tangible, es tiempo, máxime instalados en la inmediatez. Tiempo implica no solamente *hacer* pausadamente, sino cuando apetece, ya que las ideas provienen del bagaje y de la inspiración. Depender del acervo puede lograr acortar los plazos, como es patente en el artículo clásico. Alguien preguntó, creo, a mi adorado Umbral, cuánto había tardado en escribir su última columna y respondió: “Toda la vida”. El pensamiento desactualizado, día a día, sin presiones, es el más instructivo y sedimentario, forma tu *background*. El profesional verdadero ha de formarse por gusto y a fondo perdido. Por descontado, el *periodismo cultural* no se imparte en una asignatura. Es una actitud frente a la vida igual que la mantenida ante la buena suerte, aquella que modifica las circunstancias a nuestro favor.

La cultura y, sobre todo, el arte exceden las competencias adquiribles de manera programada por la profundidad y la necesidad de conectar pasado con presente que incluye. En las facultades, acepto el canon, pero luego el personal debe estar pendiente de *lo vivo*. Saber que existen Quevedo... y Eduardo Fraile. En el otro extremo, el riesgo es caer en el *presentismo*; la cultura tiene que ver con el pasado. Se trata de lograr -pero no porque sí, sino porque apetece- un estado de ánimo y unos conocimientos sin los que un punto de vista sobre las cosas se torna difícil. A partir de aquí, se puede enfrentar una entrevista sin recurrir a la fría e inmeritoria documentación. Y es cuando es posible la petición: ‘entrevista dentro de una hora a Víctor Erice’, el director español de cine más importante del veinte junto a Buñuel.

Hablo de arte porque el conocimiento, volcado en la sección Cultura, en realidad es artístico. El *New York Times* y el *Washington Post* la llaman, sin ambages, 'The Arts', en subsección, 'Art and Design' y 'Art and Leisure' -el ocio vendría representado por la evidencia de que es durante el tiempo libre cuando las personas acudimos a los museos-. Supongo que en España se necesita disfrazar esta evidencia; igualmente Cultura se nutre -tratamiento aparte- de pintura, escultura, arquitectura, danza, música, poesía -o literatura- y cine. La ciencia, el otro gran cajón del conocimiento, se adosa a Sociedad. En España me calienta el apéndice 'Gente', que pondría seguido de la sección televisiva, ni siquiera en sociedad. También confunden cultura y arte con los delicuescentes Espectáculos, Ocio, Vida y eufemismos varios. *El País* mantiene Cultura con todas sus letras, pero incorporó recientemente la megasección llamada Vida y Artes, enraizada a sociedad.

El *New York Times* también es ejemplar al dividir los libros, en su lista de ventas, entre los de verdad y los de mentira. 'Literatura' en una columna y '*best sellers*' en otra. Hasta para valorar a nuestros novelistas tenemos que acudir a él. Sus críticos reconocen que Javier Marías y Enrique Vila-Matas son lo mejor que tenemos. En nuestro país, los suplementos ceden páginas a *enfants* incendiarios que quieren ocupar su puesto sin motivo.

Habremos de admitir que, ontológicamente, no cabe una población mayoritariamente culta como no se pueden tener muchos amigos. Toca hacer las cosas pensando en quien va a recibirlas, valiendo la pena si hay una persona; igual que tomamos una copa de cristal por el tallo, mientras otros manosean el cáliz. No importa que no aprecien nuestro gesto. Seamos elegantes, exquisitos y cuidemos la belleza. Y no nos dejemos apabullar por los conocimientos de los demás, suelen ser ficticios y fantasmagóricos. La gente sabe de lo que sabe. No más. El periodismo no puede morir — tampoco el cultural— porque, damos la razón a Talese, una buena historia nunca muere. Y viva Miguel Ángel, que tardó ocho meses en algo en lo que otro habría invertido una tarde. Evoquemos las últimas palabras-voluntades de Baudelaire: "No se puede hacer nada si no es poco a poco".